

2010

LETRA

INTERNACIONAL

108

7 euros

HISTORIA Y NOVELAS

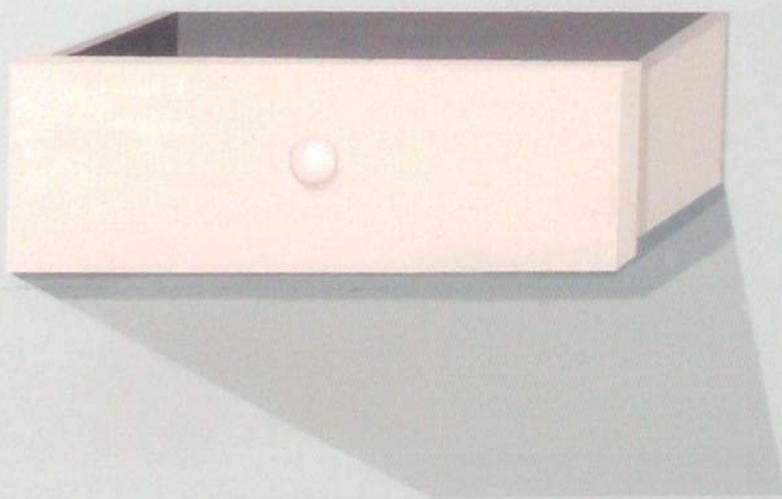
Carlos García Gual
José Calvo Poyato
Ignacio Echevarría
Antonio Penadés
Paloma Díaz-Mas

CULTURA, EUROPA, CULTURAS

Josefina Molina
Rosalía Lloret

STORYTELLING

Miguel Roig Prats
Gustavo Dessal



Heinrich Böll • Ricardo Bada • Barbara Probst Solomon • Rosa Pereda
Juan Ignacio Macua • Juan Ángel Juristo • Toni Montesinos • María José Furió
Begoña Garayoa • Íñigo García Ureta • Mijáil Ryklin • Asun Merinero



Antonio Penadés

El tono y su teurgia en la literatura histórica

Antes de comenzar, quisiera explicar el título de esta conferencia. Los griegos antiguos usaban el término teurgia —resultado de *théos*, dios, y *ergon*, obra— para hacer alusión a la intervención directa de una divinidad en la vida humana. En la *Ilíada*, la primera obra literaria de Occidente, encontramos un ejemplo evidente. Según la versión que nos brinda Homero, la guerra de Troya resultó ser algo parecido a un juego en manos de los dioses, por lo que aquel célebre conflicto constituye el mejor paradigma de lo teúrgico: Hera, Atenea, Poseidón, Hermes y Hefesto actuaron una y otra vez a favor de los aqueos, mientras que Afrodita, Apolo, Artemisa y Ares apoyaron incondicionalmente a los troyanos.

En la segunda parte del título aparece el género que estamos examinando en estos días, la literatura histórica, que surge como resultado de la conjunción de los siguientes elementos: argumento, personajes, aspecto formal y contextualización en una sociedad o civilización lejana en el tiempo. Estos son los cuatro ingredientes esenciales, pero sobre todos ellos actúa un «agente divino» que posee la clave para convertir una novela perteneciente a este género en una maravilla o en un auténtico bodrio: ese elemento no es otro que el tono.

La idea parece clara, pero sin embargo no resulta fácil definir qué es eso del tono. Acaso se podría identificar con la armonía —o con su carencia—, con el estilo y con la intención que impregna una obra literaria. En esta charla, por lo tanto, trataré de explicar en qué consiste esa «teurgia del tono», aplicable a cualquier género literario pero que, por diversos motivos que más adelante apuntaremos, reviste una importancia aún superior en el caso de la novela histórica.

Resulta impresionante plantearse que los antiguos griegos inventaron todos y cada uno de los géneros literarios que hoy en día se siguen creando en cantidades industriales. Cuando escuchamos que la civilización griega clásica constituye la base de las

sociedades occidentales, nos suena a veces como una afirmación retórica, pero con ejemplos como éste se aprecia mejor la magnitud del legado heleno: efectivamente, todos los géneros que integran hoy la literatura —todos los que el hombre ha sido capaz de crear durante su historia— estaban ya vigentes en época helenística. El primero que realizó una clasificación en ese sentido fue Aristóteles, quien, en su *Poética*, una obra escrita en torno al año 330 a. C., reduce los géneros a tres —todos ellos en verso—: la épica, la lírica y la tragedia. La novela no había nacido aún, aunque no tardaría mucho.

Pero lo más llamativo del caso es que las normas que rigen cada uno de esos géneros literarios no han podido ser modificadas desde la época clásica griega. La estructura de una obra de ficción, sin importar que haya sido escrita en nuestros días o hace veintisiete siglos, necesita indefectiblemente de tres partes bien diferenciadas: introducción, nudo y desenlace. Y por muchos experimentos que se hagan, si el autor no recurre a esa regla básica que establecieron los griegos antiguos, la obra no se mantiene en pie. Todos y cada uno de los cánones recogidos en la *Poética* se han impuesto al paso del tiempo y a las tentativas vanguardistas. Asimismo, y por citar un solo ejemplo más, Aristóteles defendió que resulta irrelevante que lo narrado en una obra de ficción coincida o no con la realidad: lo único que importa es que su argumento se rija por lo plausible, por lo que «podría haber sucedido», en coherencia siempre con el universo que el escritor propone. ¡Cuántas novelas, sobre todo del género histórico, cometen el error de alejarse de esta máxima! El respeto a lo recogido por la historiografía es muy importante, pero aún lo es más que el comportamiento de los personajes resulte creíble. Que alcancemos a comprender bien las razones que les llevan a actuar de una u otra manera y que sintamos verdadero interés por conocer cómo van a intentar resolver sus conflictos. De lo contrario, la situación de «encantamiento» en que se encuentra el

SE HACE NECESARIO REIVINDICAR ESTE MAGNÍFICO, PERO MALHERIDO, GÉNERO DE LA NOVELA HISTÓRICA.

lector se pincha como un globo para acabar éste descubriéndose a sí mismo en una situación ridícula y enojosa.

Cuatro siglos después de Aristóteles, ya en época romana imperial, nacería la novela histórica. Los griegos, una vez más, serían sus inventores. *Quéreas y Calíroe* es la primera obra perteneciente a este género que ha llegado hasta nuestros días. Se trata de una magnífica novela escrita en el siglo I d. C. por Caritón de Afrodisias que ofrece una exquisita recreación de Sicilia y del Imperio persa en el final del siglo V a. C.

Herodoto, cuya vida transcurrió a lo largo de ese mismo siglo V a. C., fue el primero que se aventuró con una obra extensa en prosa, pues todas las creaciones literarias aparecidas hasta entonces, ya fueran epopeyas, poesías líricas o piezas teatrales, estaban escritas en verso. Los únicos trabajos redactados en prosa hasta la aparición de la *Historia* eran obras de extensión reducida, como tratados médicos y filosóficos, crónicas de ciudades y fábulas. Herodoto, por otra parte, reúne la condición de precursor del género novelesco por la abundancia de pasajes «novelados» que contiene su obra, un conjunto de anécdotas y cuentos que se integran en sus constantes digresiones, como el relato del anillo que el tirano de Samos, Polícrates, lanza al mar para intentar esquivar su trágico destino y que retorna a la cocina de su palacio dentro del estómago del pez que se lo tragó. En algunos casos estas digresiones quiebran el discursar de la narración, pero a la vez dan sentido a todo el conjunto y van rellenando con sutileza el esqueleto de la narración histórica.

La *Historia* da comienzo con la siguiente frase: «Esta es la aportación de la investigación personal de Herodoto de Halicarnaso». De este modo, el autor se presenta a sí mismo como un testigo de primera línea, un hábil recurso que le otorga una amplia licencia para describir de forma personal las civilizaciones que ha visitado y para narrar con cierta dosis de subjetividad algunos acontecimientos

alejados de su tiempo —como, por ejemplo, los raptos de mujeres anteriores a la guerra de Troya o las curiosas peripecias protagonizadas por los principales reyes y tiranos de época arcaica—. Gracias a esa herramienta, nada más empezar su narración Herodoto acopla el tono a sus propias necesidades, lo que le permite, entre otras cosas, brindarnos esa serie de pasajes novelados sin mayor problema. Del mismo modo, cualquier novela histórica narrada en primera persona requiere de una justificación semejante para que resulte creíble.

Herodoto es un autor que se mueve entre dos mundos muy distintos: aunque su cometido consiste en construir una historia desde los sucesos humanos, su pasión por lo novelesco y lo fabuloso desvía en ocasiones su rumbo. Deja rienda suelta, sobre todo en la primera mitad de su obra, para que se establezca una pugna entre lo ficticio y lo historiográfico. En ocasiones el conjunto se interrumpe con aparente arbitrariedad, pero si el lector alcanza a captar el modo en que el autor procede, llegará a anticipar sus intenciones y a comprender que las anécdotas y las novelas están perfectamente entrelazadas con el cuerpo principal. La literatura y la historia van siempre cogidas cada una de una mano de Herodoto.

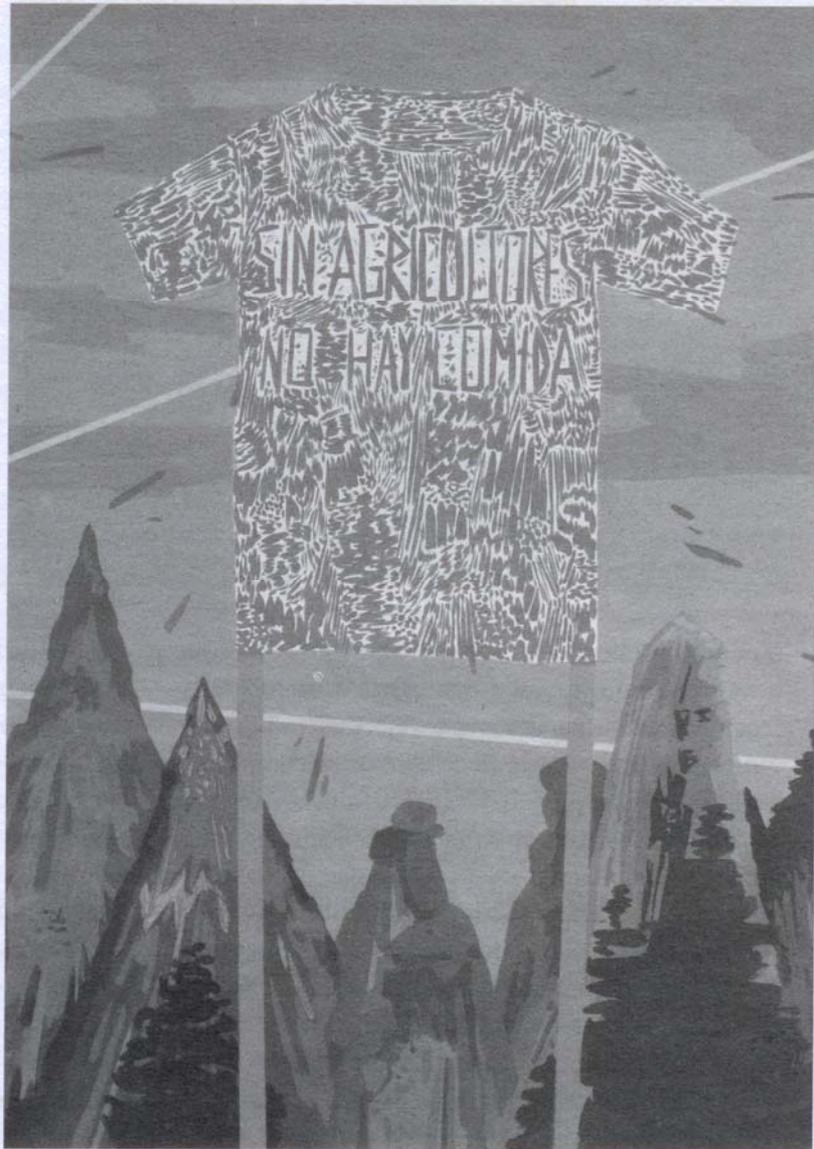
Es curioso constatar que Herodoto no sólo escribe su obra en primera persona, sino que menciona la palabra «yo» en numerosas ocasiones. Este subjetivismo es bastante más acentuado en la primera mitad de la *Historia*, en la que las formas se asemejan a las de una crónica de viajes. Cuando, tras pasado el ecuador de la obra —a partir del libro VI—, Herodoto se adentra de verdad en el género historiográfico para centrarse en la rebelión jonia y las guerras Médicas, utiliza un tono preciso y objetivo. Eso sí, ese subjetivismo de la primera parte no conlleva en ningún momento el uso de dogmas o la consideración de estar en posesión de la verdad. Por el contrario, en numerosas ocasiones menciona cosas que ni cree ni pone en duda, sino que simple-

Ramón David Morales
Mi camiseta llena de hierba
2010

mente ha oído; muchas otras veces cuenta noticias diferentes sobre un mismo suceso, pone en duda lo que cuenta o se muestra decididamente incrédulo.

Estos datos nos llevan a preguntarnos: ¿qué historiador o qué novelista nos previene de que algunos de los contenidos de su obra son o pueden ser falsos? En consonancia con el tono que años después adoptaría al escribir, Herodoto acudió a todas las fuentes que se pusieron a su alcance, aceptando totalmente unas y desconfiando de otras, contrastando la información cuando disponía de la ocasión y rechazando cualquier certeza absoluta. Comprendía que para entender y describir el mundo hace falta recoger gran cantidad de material, labor que requiere que el estudioso salga de su tierra, viaje y conozca a personas interesantes que relaten sus historias. Esa es la actitud que, en mi opinión, debe guiar a todo escritor. Herodoto, además, es un cronista que nunca emite una palabra de odio y que huye de la radicalidad. Por el contrario, le importa siempre destacar las razones de las dos partes de un conflicto sin someterlas a juicio, proporcionando al lector los materiales necesarios para formarse su propia opinión. Supo comprender que su oficio se debía practicar con escrúpulos, honradez y respeto; un autor leal que combatió contra el fanatismo y el imperialismo y que quiso presentar el mundo como un lugar habitado por personas que pueden y deben vivir en paz.

El tono, ese elemento tan abstracto y a la vez tan trascendente, conlleva una serie de implicaciones adicionales. Una de ellas es su capacidad de



otorgar esa inteligencia que desprenden algunos textos, en particular aquellos que pertenecen a la alta literatura. Una novela inteligente tiene el don de decir mucho más de lo que está escrito. Su autor sabe tratar temas inherentes al hombre —esos mismos temas que escrutaron por vez primera los antiguos pensadores griegos— e incluye con naturalidad sus reflexiones para que el lector las reciba de una forma casi inconsciente. Si el cerebro del



receptor procesa correctamente el mensaje que lleva aparejado, recibirá una cierta dosis de satisfacción. Por su parte, una novela escrita desde la torpeza intelectual está llena de expresiones vacías y de contenido prescindible. La falta de sutileza fomenta la insistencia en la justificación de situaciones poco creíbles y en la explicación banal de algunos de los actos de los protagonistas.

Una novela no admite ser utilizada como vía de transmisión de propaganda o de ideología. Reside aquí, a mi entender, una de las grandezas de la literatura. Es evidente que los personajes pueden ser de izquierdas, ultracatólicos o pacifistas, y, claro está, que sus actos estén condicionados por ello, pero si el lector detecta que el escritor está vertiendo en el texto sus ideas propias con la intención de convencerle, rechazará la lectura. Abandonará ese libro aun cuando coincida con la ideología del escritor, y si no lo hace, esa lectura no dejará ningún poso en su conciencia. El tiempo se encarga de arrinconar inevitablemente ese tipo de obras. Los clásicos, sin embargo, adoptan la actitud y el tono de Homero y de Herodoto, para quienes no existen buenos ni malos en términos absolutos. La *Ilíada* y la *Historia*

Ramón David Morales
Las herramientas afiladas
2010

muestran a los troyanos y a los persas como miembros de sociedades con una serie de cualidades admirables, interesándose ambas obras por los motivos que movieron a cada uno de los bandos sin pretender aleccionar al lector. Conmover y recrear un pasaje épico de la historia, esos son sus únicos objetivos.

En la novela histórica, además, el tono tiene otras implicaciones. Las obras inteligentes proporcionan la información exacta acerca del periodo histórico recreado. En ningún momento se apabulla al lector con la explicación del contexto, sino que el autor dosifica los datos poco a poco según las necesi-

dades de la trama. Subyace en el texto que su dominio es absoluto, pero lo oculta elegantemente para realzar lo verdaderamente importante: el argumento y la tensión dramática. Por el contrario, el novelista histórico mediocre necesita aparentar que domina el periodo y vuelca «en bruto» todo lo que sabe, entorpeciendo el desarrollo de los acontecimientos y difuminando el interés del lector.

Por eso mismo, cuando nos encontramos con una supuesta novela histórica escrita por alguien poco honrado o poco respetuoso hacia la historia —por ejemplo, si el autor pretende trasladar su propia ideología política o persuadir al lector sobre insostenibles teorías que alterarían el mundo—, reconforta pensar que esa obra será anulada por las leyes que rigen la literatura. Después de que se desvanezca el efecto del marketing, el tiempo acabará convirtiéndola en un panfleto sin trascendencia. Y es que el tono lo es todo en la literatura histórica. Un tono apropiado sólo se encuentra utilizando las herramientas adecuadas, las de la honestidad y el buen oficio. Las mismas que empleó Herodoto. Sólo con esas herramientas se puede fabricar una obra sólida y resistente al paso del tiempo.

UNA DE LAS VENTAJAS DEL GÉNERO DE LA NOVELA HISTÓRICA

ES QUE ENVEJECE MUY BIEN.

Todo el mundo sabe qué es una novela de ciencia-ficción o una novela negra; no hace falta explicarlo, pues está asumido con normalidad e incorporado a nuestro acervo cultural. Y si miramos atrás, vemos que hace unos quince años pasaba lo mismo con la novela histórica. Cuando, después de numerosos avatares, por fin había quedado claro qué características definían el género gracias a la labor de grandes autores como Marguerite Yourcenar, Robert Graves, Peter Green, Mary Renault, Peter Berling, Thornton Wilder, Peter O'Brian o Umberto Eco, desembarcó en el mercado editorial una inesperada oleada de títulos contruidos sobre la base de descubrimientos arqueológicos insospechados y extravagantes teorías esotéricas. Y como estas obras contenían constantes referencias al pasado —a veces, simples *flash-backs* de ida y vuelta—, un amplio sector de la comunidad lectora las asimiló con el género histórico-novelesco.

De este modo, constatamos con pavor que la novela histórica convive desde hace unos lustros con unos inoportunos primos lejanos que invadieron su casa, unos visitantes a los que no resulta fácil expulsar. Pasa el tiempo y a nadie se le ocurre una solución para deshacer el entuerto. Este clima de confusión provoca que algunos propietarios legítimos de esa casa, hasta hace poco honorable, acaben tomando la decisión de desalojarla, llegando a la paradoja de que autores que siguen cultivando la novela histórica de calidad rechazan su pertenencia al género por no encontrarse cómodos con ese encasillamiento.

Es una lástima que justo cuando se estaba consiguiendo el reconocimiento universal del género, por parte incluso de un sector de la crítica literaria y de la comunidad docente universitaria, haya surgido el comentado fenómeno, que bastardea todo el conjunto y alimenta a los escépticos. Es necesario, más que nunca, una reivindicación de este magnífico pero malherido género, que requiere para su elaboración de los mismos materiales de trabajo que uti-

lizó Herodoto: el arte literario y una inteligente explicación de los hechos históricos. Mientras que la historia se enseña en los centros educativos desde la perspectiva de los mandatarios y se limita a los grandes acontecimientos políticos y sociales, la novela histórica ofrece un complemento perfecto para comprender cómo vivían los hombres y las mujeres de a pie: cuáles eran sus preocupaciones, cómo combatían el hambre, el frío y el miedo, cómo comían y amaban, cómo luchaban y se ganaban la vida.

Uno de los elementos que distinguen a la novela histórica respecto a los géneros «advenedizos» es el tono. Ahí se encuentra, a mi entender, la clave para separar la paja del trigo. Un tono inadecuado anula por completo cualquier virtud que pueda tener un libro, de la misma manera que una persona carente de prudencia o de humildad nos produce un rechazo inmediato. El autor de una de esas novelas que intentan desautorizar la historiografía con teorías revolucionarias suele estar más pendiente de mostrar lo mucho que se supone que sabe que en hacer literatura y, lo que es peor, trata al lector como si fuera un lerdo. El mensaje subliminal que en ocasiones desprenden ese tipo de obras es «usted no ha leído un libro en su vida ni falta que le hace, pues en estas cuatrocientas páginas yo le voy a mostrar que todo lo que se había escrito hasta ahora era mentira». El buen escritor de novela histórica, por el contrario, considera que el destinatario de su obra es una persona inteligente y con criterio propio.

El tono de una obra literaria impregna a la misma de principio a fin, sirviendo el arranque de la misma como una demostración del modo en que se va a transmitir su contenido. El comienzo de una novela actúa así como una consulta al lector, quien debe decidir si acepta la propuesta que le lanza el autor u opta por abandonar la lectura al cabo de unas pocas páginas.

Algunos de estos arranques son soberbios y proponen no sólo un ambiente muy particular, sino un tono sin cuya compañía no sería posible aden-

INVISIBLE WAR

Jesús Palomino *Invisible war* 2010

trarse en ese mundo ni, mucho menos, permanecer en él durante el tiempo que dura la lectura del libro. Baste recordar los inicios de *Cien años de soledad* o de *La metamorfosis*, donde Kafka y García Márquez ofrecen un universo mágico al que el lector accederá sin rechistar.

En la literatura histórica hay también numerosos ejemplos, aunque sobresalen los arranques de *Creación* de Gore Vidal, que nos hace ver que la visión de las guerras Médicas que los griegos nos trasladaron es parcial y sesgada, de *Yo, Claudio* de Robert Graves, en el que el emperador hace una presentación soberbia de sí mismo, o el de *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, en el que el protagonista se dirige al joven Marco Aurelio, su sucesor, trasladándole la enfermedad que su médico le acaba de diagnosticar y su urgencia por fijar por escrito sus vivencias.

Un tono inapropiado destroza una conversación, una amistad, una conferencia o, cómo no, la calidad de un libro. Y, sin embargo, vemos que hay obras que utilizan un tono pésimo y que se convierten en

éxitos de ventas. Ante esto, cabe plantearse que alguna virtud deben de tener, como por ejemplo un ritmo trepidante, propio de las mejores novelas de acción, un ritmo que responde a un método muy depurado. A mi entender, en ningún caso debemos lamentar que determinados títulos se conviertan en *best-sellers*, ya que esa postura podría interpretarse como una suerte de elitismo cultural. Las pseudo-novelas históricas, por llamarlas de algún modo, son libros por lo general malos, es cierto, pero cumplen su función de rescatar a una porción de la población «no lectora» y conducirlos, por lo menos de forma puntual, hacia el sector de los lectores. Y, adquirido el hábito, quién sabe,

es posible que a algunos de los consumidores de estos productos les dé un día por leer obras que merezcan la pena.

Una de las ventajas del género de novela histórica es que envejece muy bien, pues el paso de los años no afecta a su contenido. Y si uno mira el panorama con perspectiva, se da cuenta de que los productos literarios cuyos mimbres son misterios revelados y teorías revolucionarias capaces de cambiar el curso de la historia resisten mal el transcurso del tiempo. Su presencia en el mercado puede ser intensa, pero casi siempre fugaz. Las obras que acaban siendo verdaderamente reconocidas —y también las más vendidas a largo plazo—, aquellas que acaban configurándose en clásicos, son las que conjugan una extraordinaria calidad literaria, el máximo rigor histórico y, cómo no, ese tono humilde e inteligente que Herodoto empleó veinticinco siglos atrás. □

Antonio Penadés es historiador, escritor y profesor de Literatura.